

provecho, si se tiene en cuenta que las vidas de muchos habian sido inmoladas por su solo placer de dañar.

III.

Entre tanto, habia llegado la hora de las ceremonias, y mientras que por una parte se llenaba de fieles el pequeño recinto de la iglesia cristiana para asistir á la solemne celebracion de la Santa Pascua, una multitud considerable de gente se encaminaba en direccion á la plaza del Capitolio y se agolpaba junto á las puertas del templo de Júpiter.

El aspecto que ofrecian ambas reuniones era, sin embargo, bien contrario; porque en la primera podia contemplarse un solemne recogimiento, un humilde silencio, gentes vestidas con pobreza, aunque con decoro y decencia, y en la segunda se observaba una mezcla de lujosos trajes y de vestidos harapientos, unos y otros llevados con impúdico talante por aquella muchedumbre inquieta y turbulenta, que lanzaba gritos desenfrenados é insultantes.

Otro contraste á un más característico las distinguia. Los cristianos veian retrasarse la hora en que debia llegar su pastor ó sacerdote, y léjos de murmurar por ello, estaban alarmados y temerosos; mientras

que el populacho que invadia la plaza del Capitolio daba escandalosas muestras de su impaciencia y exigia con desaforadas vociferaciones que diesen principio las ceremonias.

Por fin abriéronse las puertas del templo pagano, y precipitóse dentro de él una avalancha de ciudadanos, quedando una gran parte de ellos en el peristilo y gradas del edificio. Podia fácilmente adivinarse, por la actitud de estos últimos, que algo extraordinario debia suceder en el exterior del templo.

Acto seguido, estando colocados los sacerdotes inmediatos al altar, penetraron por una puerta lateral los sacrificadores, conduciendo varios toros de extremada fiereza, á cuyas bestias contenian con gran trabajo, á pesar de las trabas y fuertes yugos que las sujetaban. Pronunciadas que fueron las invocaciones de costumbre, dió Laertes la señal, levantando en alto el baston de marfil que tenia en la mano, y uno de los sacrificadores descargó un tremendo golpe de maza en la cabeza de una de las reses, que cayó atronada para que otro sacrificador le hundiese en el cuello una ancha cuchilla de bronce. La sangre que brotó de la enorme herida fué recogida en un vaso sagrado, y con aquel humeante licor regaron el altar de los dioses.

En aquel momento pareció como que se conmovía todo el templo hasta en sus cimientos, y al mismo tiempo resonaron en el espacio tremendos ecos y extraños sonidos, producidos por unas trompas ó especies de bocas metálicas, que estaban colocadas en los pedestales de las estatuas de los dioses, y que los sacerdotes sabían manejar hábil y oportunamente por medio de ocultos y subterráneos tubos.

— ¡Los dioses aplacan sus iras y los oráculos se disponen á otorgarnos sus vaticinios! — exclamó Laertes.

Después de esta exclamación del gran sacerdote, reprodujéronse aquellos formidables sonidos con mucha más intensidad y violencia; pero esta vez, léjos de producir el religioso terror que infundían de ordinario en aquel pueblo las manifestaciones de los dioses, parecía que más bien excitaban un vivo sentimiento de contradicción y de desconfianzas. Aquel estrépito y estruendo se aumentaba por grados con los gritos y las aclamaciones de la muchedumbre. cuando de repente, como obedeciendo á una fuerza extraña y prodigiosa, cesó súbitamente, retratándose la consternación y el espanto en los rostros de los sacerdotes.

— ¡Solo la presencia de algun sacrilego dentro de este templo puede ser la causa

del repentino silencio de los dioses! — gritó Laertes.

— Dentro del templo, no; buscadle en la plaza del Capitolio — contestó desde entre la muchedumbre una voz, que Laertes reconoció al punto.

Efectivamente; en aquel momento acababa de presentarse Saturnino en la plaza, seguido de dos diáconos. Iba revestido de la túnica ó alba que Valeria y Sidonia le habían preparado, y llevaba en sus manos el báculo que le servía de insignia como pastor de un numeroso rebaño de fieles.

La iniciación ó aviso que había recibido del cielo daba á su fisonomía, siempre noble y modesta, la serenidad de un santo triunfo, que á los ojos del populacho parecía una insolente arrogancia.

Teniendo en cuenta ciertas consideraciones morales, puede explicarse muy fácilmente que los primeros apóstoles y propagandistas del cristianismo, poseídos de la mejor buena fe, creyeran sinceramente que recibían directamente del cielo anuncios y vaticinios que en realidad no procedían sino de la tierra, por más que quizás fueran así ordenados y dispuestos por la misma divinidad. En las relaciones de la vida privada, y cuando se hallaban en familiar contacto con sus conciudadanos ó discípulos, adquirían noticias y conoci-

miento de todas las cosas y de todos los asuntos vulgares ó extraordinarios que ocurrían en derredor de ellos mismos. Palabras ó conversaciones recogidas acá y allá les advertían respecto á las simpatías ú odios que inspiraban, y más de una vez, queriendo alguno aconsejarles que contrarrestasen ó procurasen evitar la cólera de los gentiles y paganos, se les recordaba el ejemplo y fin funesto de los muchos cristianos que habian sucumbido por haberlos desafiado y áun provocado. Despues de esto, cuando dichos apóstoles, preocupado el espíritu con tales avisos, se entregaban en la soledad de sus retiros á la práctica de sus rezos, exaltábanse sus pensamientos por el vértigo de la contemplacion, y en el éxtasis de sus oraciones, creyéndose en contacto con la divinidad, les asaltaba el recuerdo de aquellos mismos avisos, y pretendian, con la mejor buena fe, repetimos, que procedían del cielo ideas ó presentimientos nacidos en sus propias conciencias. Así, pues, cuando Saturnino se presentó en la plaza del Capitolio, creía con la más firme conviccion que se sometía á una prueba solemne, y el valor con que la afrontaba era el más completo testimonio de la fe y del amor que le inspiraba su cristiana religion.

Tan pronto como fué visto por los obre-

ros que estaban situados en las gradas y peristilo del templo de Júpiter, prorumpieron todos á una voz, gritando:

— ¡Hé ahí al sacrilego!... ¡Ese es!... ¡Saturnino es quien provoca y enciende la cólera de los dioses con sus sortilegios y maleficios!

El Obispo cristiano despreció aquellas primeras acusaciones y continuó su camino, entonando en alta voz los salmos y oraciones que hasta entónces habia venido rezando á media voz.

Semejante alarde exasperó al populacho, el cual se precipitó sobre Saturnino, separándole de sus dos diáconos, que huyeron y le abandonaron cobardemente. Aunque no opuso ninguna resistencia, fué grosera y brutalmente empujado hácia el templo pagano, donde le hicieron entrar por la fuerza, y una vez delante de los sacerdotes le dejaron libre, formando la muchedumbre un ancho círculo en actitud de asistir á un tremendo juicio.

El sello majestuoso de la santidad que brillaba en la fisonomía de Saturnino contuvo por un momento á los sacerdotes; pero las miradas de desprecio que éste arrojó sobre ellos y sobre los dioses á quienes ofrecían culto, excitaron sus iras, y dirigiéndose Laertes al Apóstol, le dijo

— ¿Es cierto que tus sacrílegas oracio-

nes provocan la cólera de nuestros dioses, haciéndolos insensibles á nuestras plegarias y sacrificios?

—¿A qué me lo preguntas?— contestó Saturnino.—¿Por qué no me castigan esos falsos dioses, de cuya cólera me consideras el causante? ¿Por qué no me ha herido Júpiter con sus rayos? ¡Ah!... Yo los desprecio, y hasta desafío todo su poder infernal.

Al mismo tiempo que así se expresaba, Saturnino hacía con las manos la señal de la cruz, porque no se creía en presencia de ídolos insensibles, puesto que las estatuas de la teogonía olímpica eran consideradas por los primeros cristianos como verdaderas imágenes de demonios que combatían la religión del Crucificado. Semejante creencia ú opinión no tenía nada de extraordinario, si se tiene en cuenta que la superstición de aquellos tiempos, consagrando altares á divinidades que representaban la cólera, el miedo, la lujuria, la venganza y otras pasiones, rendía culto al espíritu del mal.

Ante aquel signo de la redención quedó mudo y silencioso aquel populacho, dominado también y subyugado por la arrogancia y el valor con que Saturnino había desafiado el poder de Júpiter. Sólo Laertes, después de un momento de vacilación, gritó:

—Ved de qué manera los brujos como este hombre hacen enmudecer á los dioses; pero ese triunfo no es duradero, y ahora mismo hemos de obligarle á que les tribute el debido homenaje.

—¿Y cómo quieres que tribute homenaje á unos dioses que hago enmudecer? Ellos son los que deben humillarse ante mí.

La respuesta de Saturnino, además de la valentía con que fué pronunciada, era de una lógica incontestable para desconcertar á cualquier otro que fuese más hábil que Laertes. Este, pues, no pudo destruir tan poderoso argumento, y nada contestó; pero tomando el cuchillo ensangrentado que estaba sobre el altar, lo presentó á Saturnino, diciéndole:

—Inmola esa res como sacrificio á los dioses, ó en otro caso, teme la cólera de estas divinidades y la nuestra.

—Ya he desafiado ántes la cólera de tus dioses, y ahora desprecio la vuestra—respondió Saturnino, rechazando la cuchilla que Laertes le presentaba.

—¡Hierre al cristiano y que muera ante los dioses!—gritó el pueblo por todas partes.

Laertes, con el cuchillo en la mano y excitado por las imprecaciones de la multitud, se estremecía, considerando la posición en que se encontraba; pero no tenía

valor suficiente para matar á Saturnino, porque semejante asesinato le horrorizaba. Y mientras tanto, no se oían más que estas voces:

— ¡Hiere!... ¡hiere!... La sangre de ese hombre será á los ojos de los dioses más agradable que la de mil reses.

Laertes, indeciso y trémulo, no acertaba á decir ni hacer más de lo que ya habia dicho, y volvió á presentar el cuchillo á Saturnino, repitiendo:

— Sacrifica esta víctima en homenaje y holocausto á Júpiter, pues en ello te va la salvacion.

Laertes le dirigió esta especie de consejo, no tanto por salvar á Saturnino, como por salvarse á sí propio; y ciertamente que en aquel momento le hubiera prestado el Obispo cristiano un señalado servicio, si le hubiera librado de la comprometida situacion en que se encontraba. Pero Saturnino rechazó de nuevo el cuchillo con más desprecio y energia que la primera vez, pronunciando algunas palabras, que no fueron oídas á causa de los gritos y vociferaciones de la multitud, en cuya confusion se mezclaban con creciente furor las palabras de muerte y las maldiciones más execrables. Ya empezaban á escucharse tambien algunas amenazas dirigidas contra Laertes, á quien acusaban por su debilidad

ó cobardía, cuando oyóse una voz chillona y penetrante, que salió de detras de una de las columnas del templo, proponiendo una solucion que puso término á todas las vacilaciones.

— Trocad los papeles, convirtiendo al sacrificador en víctima y á la víctima en sacrificador: amarrad á Saturnino á la cola de ese toro.

Apénas habian resonado estas palabras, que sacaban de un gran apuro á Laertes, exclamó éste:

— ¡Sigamos ese consejo, que ha sido inspirado por los dioses!

El populacho se precipitó en el acto sobre Saturnino y le derribó en tierra, sin que éste opusiese ninguna resistencia, oyéndosele solamente entonar en voz alta las santas oraciones que ántes habia interrumpido. La muchedumbre y los sacerdotes, ocupados en maniatar á Saturnino, amarrándole á la cola del toro, y en sujetar á este animal, cada vez más enfurecido y espantado con el tumulto y la griteria, no pudieron apercibirse de que huia precipitadamente por una de las puertas laterales del templo el individuo que habia propuesto y aconsejado aquel suplicio, y que no era otro sino el mismo Cilo.

Aunque la preparacion de aquel tormento debió durar pocos instantes, hubo, sin

embargo, tiempo suficiente para que se acobardase y humillara un valor y un espíritu ménos resuelto é inquebrantable que el de Saturnino, cuya firmeza y heroica resignacion no vacilaron ni un momento.

Por el contrario, Laertes, horrorizado con aquellos aprestos, cuya ejecucion le hacía temblar, se aproximó todavía una vez más á Saturnino, exhortándole para que ofreciese sacrificios á Júpiter.

— ¡No! ¡no! ¡ya es tarde! — gritaban por todos los ámbitos del templo.

— ¡Deteneos! — gritó Laertes. — ¡Al fin ha consentido!

— ¡No! ¡no! — repetía el populacho ebrio de furor.

— ¡Deteneos! ¡deteneos! — volvía á gritar Laertes.

Pero, en efecto, era tarde. Uno de los tejedores habia concluido de apretar el último nudo de la cuerda, y gritaba en tono solemne:

— ¡Abrid camino! ¡Plaza al cristiano!

La muchedumbre se apartó á uno y otro lado, y el toro, suelto libremente, se precipitó por la puerta del templo, dando tremendos saltos y bramidos. La cabeza del pobre Saturnino crujió al chocar contra la arista de las primeras gradas del templo, y su muerte y suplicio fué más breve de lo que se prometía aquel sanguinario

populacho. Ningun interes ofreció á éste el espectáculo, porque la res huyó, arastrando sólo un cadáver inerte, y no pudo gozarse ni con los quejidos de la víctima, ni con sus convulsiones, ni con ninguno de los detalles de la atroz y terrible agonía que habia esperado presenciar.

No obstante, algunos malvados corrieron durante algun tiempo persiguiendo al toro en su veloz huida; pero no ofreciéndoles aquel espectáculo ninguno de los atractivos que su ferocidad buscaba, le abandonaron al fin. La res continuó su espantada fuga con desenfrenado furor, hasta que al volver la esquina ó ángulo de una calle enredóse ó sujetóse la cuerda en un monton enorme de piedras y ladrillos, rompiéndose en el acto y quedando allí abandonado el cadáver de Saturnino, sin que nadie estuviera presente ni para levantarle ni para dirigirle insultos.

Casi todo el pueblo habia vuelto á reunirse de nuevo en la misma plaza del Capitolio, y no conceptuando satisfecha la venganza que se habia prometido, bien pronto imaginó y reclamó la única que naturalmente podian apetecer aquellas masas, sedientas de sangre y de exterminio.

Los gritos de *¡Mueran los cristianos!* empezaron á dejarse oír como el sordo rumor de lejana tormenta, que bien pronto

rugió desencadenadamente con feroz violencia; y ya los más crueles, ó mejor dicho, los más exaltados, se dirigian con actitud amenazadora hácia la iglesia, donde sabian que se hallaban congregados los discípulos de Saturnino, cuando oportunamente vióse asaltada y ocupada la plaza por una legion entera de soldados, que reprimieron el motin, mandando el jefe de ellos que todos los ciudadanos pacíficos se retirasen á sus casas, y previniendo que los que no prestasen obediencia serian perseguidos en el acto y castigados como sediciosos y rebeldes.

El móvil que habia excitado la animosidad de aquel populacho no habia sido más que el resultado de una exaltacion momentánea y pasajera; por cuya razon se contuvo, y aún desapareció ante el primer obstáculo de verdadera resistencia que encontró en su camino, dispersándose en el acto aquellas masas, que huyeron espantadas en todas direcciones.

Otro contraste pudo observarse tambien en aquellos tristes momentos. Los cristianos, noticiosos de todo lo que acababa de suceder, é invitados por algunos magistrados de la ciudad para que se retirasen á sus respectivas moradas, ofrecieron el testimonio de su colectivo dolor con una sentida plegaria que elevaron al cielo, cayen-

do todos de rodillas instintivamente y por un sentimiento unánime; despues que concluyeron aquella breve oracion se pusieron de pié y tomó cada cual el camino de su albergue, marchando con paso lento y con triste recogimiento. Aunque todos conocian el peligro que les amenazaba de encontrarse con los verdugos de Saturnino, y temiesen que éstos cometerian con ellos la repeticion de nuevos actos de violencia, ninguno apresuró su paso ni demostró querer huir el fallo del destino, así el hijo que sostenia al anciano padre, como la madre que llevaba en los brazos á su tierno hijo, y como el jóven que acompañaba á su hermana ó á su prometida.

Estaban los primeros neófitos del cristianismo sostenidos y animados de un valor religioso y de una potentísima fe, que no abandonó á los de Tolosa en aquellos terribles momentos. Así era de ver el curioso espectáculo que en algunas calles ofrecian los perseguidores y los verdugos, huyendo y precipitándose en el interior de sus casas, cuyas puertas se cerraban con estrépito, mientras que sus perseguidos y sus víctimas caminaban con la gravedad de los justos, dejando abiertas de par en par las puertas de sus moradas, para demostrar así que no se preparaban á ningun acto de defensa.

El lector habrá podido sospechar ya el origen de aquellos socorros, que desgraciadamente llegaron tarde para salvar á Saturnino, aunque á tiempo y muy oportunamente para evitar una degollina y una mortandad, que la embriaguez del matador, tan fácil de excitarse, hubiera convertido en espectáculo sangriento y espantable.

En el momento mismo que Laertes ordenaba que se siguiese el consejo homicida dado en el templo por una voz desconocida, corrió Cilo al palacio del juez ó pretor que gobernaba la colonia y la ciudad de Tolosa, á quien formuló la denuncia de que Laertes habia ordenado la muerte de un ciudadano, sin que éste hubiera sido acusado de ningun crimen que le fuera probado, y sin permitirle tampoco el derecho de la defensa y de la apelacion, para ejercerlo ante la justicia de los únicos y verdaderos magistrados de la ciudad.

Así es que Laertes, que ya estaba aterrorizado con lo que acababa de pasar, y que ademas habia visto con extrañeza que su nombre no habia sido aclamado por el pueblo, como se lo habia prometido y anunciado Cilo, quedó estupefacto cuando á los pocos momentos vió penetrar en el mismo templo á los lictores del pretor, que le intimaron que se diese preso por orden del tribunal.

Pero cuando Laertes llegó al colmo de la sorpresa fué al oír de qué crimen se le acusaba y al serle presentado su delator, quien declaró en su presencia que formulaba aquella acusacion para vengar la muerte de Saturnino. La limitada inteligencia del gran sacerdote no sabia darse cuenta de lo que pasaba, extraviándose en el laberinto de la horrible trama en que se veia envuelto.

IV.

Hasta el anochecer de aquel infausto dia, la ciudad de Tolosa, aprisionada dentro de su propio terror, presentó el aspecto tétrico y sombrío que distingue y revela al culpable inmediatamente despues de cometido el crimen. Todos los habitantes permanecieron retirados en sus albergues, sin que se notase por las desiertas y solitarias calles de la poblacion el más pequeño movimiento. Parecia como que esperaban el resultado de los sucesos que habian tenido lugar, y nadie se atrevió á salir de su casa ni á dedicarse á sus habituales trabajos. Perseguidores y perseguidos no se ocupaban más que en meditar sobre la suerte de Saturnino. El dolor y la afliccion de los discípulos de este virtuoso prelado aumentaba y crecia, por efecto de la incertidum-